

Consejo Mundial de Iglesias  
COMISIÓN DE FE Y CONSTITUCIÓN

*Comisión Plenaria de Fe y Constitución  
Kuala Lumpur, Malasia  
26 de julio - 6 de agosto 2004*

**Estudio bíblico – 30 de julio de 2004**  
Kyung Sook Lee

**1 Corintios 12,12-14**

Así como el cuerpo es **uno** y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son **un solo** cuerpo, así también Cristo, porque por **un solo** Espíritu fuimos todos bautizados en **un** cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de **un** mismo Espíritu. Además, el cuerpo no es **un solo** miembro, sino mucho.

**¿Quién tiene derecho a despreciar a estas mujeres?**

El texto de hoy es 1 Co 12:12-14. Este texto es muy conocido por los ecumenistas, no necesito explicarlo de nuevo. En los versículos 4-11 se dice que cada uno y cada una tiene en la iglesia su propia función y sus propios talentos, pero todos somos iguales, sin diferencias. Y en los versículos 12-14 se explica: por el bautismo somos iguales todos los cristianos, así judíos como griegos, así negros como amarillos o blancos. Sin distinción por razón de confesión, de nacionalidad, de estatus, de color de la piel y de sexo son todos los cristianos iguales por el bautismo y el Espíritu Santo. Nada significa que uno sea libre o esclavo. Cada cual debe respetar a los demás, debemos apoyarnos y amarnos unos a otros. Esta sentencia es una divisa en favor de la igualdad en la iglesia, especialmente en el movimiento ecuménico. Más adelante en los versículos 24b-26 se dice: Pero Dios ordenó el cuerpo dando más abundante honor al que menos tenía, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan.

Interpretaré hoy los versículos 12-14 a la vista de los versículos 24b-26, como demanda especial de Dios a nosotros. Especialmente importante me parece el versículo 26, porque a menudo olvidamos este hecho importante. Con nuestra conducta competitiva, difamando y despreciando maltratamos a los demás y los herimos. Experimentamos así quizá una alegría a corto plazo, pero a la larga nos maltratamos a nosotros mismos. Hoy y aquí debemos preguntarnos quién es el miembro que más sufre en nuestra iglesia y en nuestra comunidad. ¿A quién hay que dar honra, para que todos nos gocemos? – Yo, mujer coreana, respondo que ese miembro de nuestra iglesia son las pobres mujeres asiáticas que se han visto obligadas a venderse como prostitutas. Las mujeres son los miembros débiles de los países asiáticos, porque tradicionalmente son menos valoradas que los hombres. Por supuesto cabe preguntarse si ese tiempo no ha pasado ya. Pero de todos modos, la idea está profundamente arraigada en nuestra sociedad y resurge siempre de nuevo. El problema de la prostitución tiene una larga historia y es a mi parecer sumamente grave y serio. Hasta ahora, la iglesia se ha ocupado muy poco de este problema, porque la prostitución era para ella un tabú. Ya es hora de que la iglesia se encare abierta y decididamente con este problema, porque la prostitución en su nueva forma destruye a los miembros del Cuerpo divino.

En este problema de la prostitución se encuentran muchos problemas diferentes: imperialismo, colonialismo, clasismo y sexismo, etc. Como sin duda saben todos ustedes, desde la Segunda Guerra Mundial las mujeres asiáticas fueron víctimas de abusos sexuales internacionales. Durante la época colonial japonesa muchas jóvenes de 12 a 19 años fueron sistemáticamente reclutadas, secuestradas y enviadas al frente de combate como “mujeres

consuelo” de los frustrados soldados japoneses de entonces. Para el secuestro de las mujeres en burdeles militares se utilizaron diversos métodos. Muchas mujeres fueron conducidas a los burdeles con engaño: sea con el ofrecimiento de un trabajo en el Japón, por ejemplo un contrato de trabajo de tres años en una fábrica japonesa de armamento, con muy buen salario, etc. Se calcula el total de estas mujeres consuelo entre 100.000 y 150.000. No tenían libertad alguna de movimiento y llevaban una vida de esclavas. Entre 20 y 50 soldados cada noche disponían sexualmente de ellas. Los soldados, que luchaban en la guerra a vida o muerte, eran generalmente brutos y violentos. Para ellos las mujeres eran objetos para su disfrute, a las que maltrataban y no pocas veces amenazaban con su cuchillo.

Tras la capitulación del Japón en 1945 muchas de estas mujeres fueron encerradas por los aliados, junto con los soldados japoneses, en los campos de prisioneros; meses o años después pudieron regresar a sus países. Pero hubo otras muchas mujeres: al retirarse las tropas japonesas fueron sistemáticamente asesinadas o tuvieron que terminar su vida en el extranjero. Las mujeres que después de la guerra pudieron regresar a sus hogares no pudieron ya llevar una vida normal. Estaban, de todos modos, síquicamente enfermas, y a menudo también corporalmente. En nuestra sociedad, que exalta el ideal de la castidad, eran consideradas a menudo como “mujeres sucias”, no solo por los demás, sino que ellas mismas se veían así. Se encontraban pues constantemente bajo la presión de tener que ocultar su pasado hasta el fin de sus días, por miedo al aislamiento o al desprecio de sus vecinos. Por añadidura padecieron toda su vida bajo la terrible pesadilla de aquello que tuvieron que soportar. Hace poco un diario informaba sobre sus enfermedades síquicas. Casi ninguna de aquellas mujeres, después de 60 años, ha conseguido todavía superar el viejo trauma. Fueron esclavas en el pasado, y siguieron siendo esclavas del pasado.

La generación de aquellas mujeres se extingue lentamente. Pero felizmente la Unión de Mujeres de la Iglesia de Corea (Korea Church Women United) sacó a la luz hace algún tiempo la cuestión de las mujeres consuelo. Por entonces algunas mujeres eclesiásticas y feministas emprendedoras luchaban contra el turismo sexual. A propósito de esto emprendieron la tarea de investigar la dura historia de las mujeres consuelo. En 1990 fundaron el Consejo Coreano para las Mujeres Consuelo. En 1991 compareció ante este Consejo por primera vez una antigua mujer consuelo, la señora Kim Hak Sun. Menudearon después las comparencias de otras mujeres consuelo, y el Consejo emprendió diversas actividades para su apoyo financiero y su rehabilitación. Pronto empezaron a responder también las antiguas mujeres consuelo de Filipinas, Taiwan, Malasia, Indonesia, China, Corea del Norte y Países Bajos. Ahora dicen: “Es el Gobierno del Japón el que tiene que avergonzarse, no nosotras.” Actualmente se conocen 154 mujeres consuelo en Corea del Sur y 220 en Corea del Norte. Entre las supervivientes, 40 antiguas mujeres consuelo coreanas se manifiestan cada miércoles ante la embajada del Japón en Seúl (430 veces hasta ahora) con las siguientes reclamaciones: reconocimiento de los crímenes, presentación pública de excusas por las crueldades, reparaciones a las supervivientes y sus familias, etc. Pero la respuesta del Gobierno del Japón se espera todavía. Quieren desmentirlo todo, si es posible. Y lamentablemente, los cristianos coreanos muestran muy poco interés por el problema y apenas prestan apoyo a las peticiones de las mujeres.

Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, tropas estadounidenses se estacionaron en Corea. Donde había soldados americanos, pronto hubo mujeres pobres, que no encontraban en ninguna otra parte posibilidades de subsistencia. Venían voluntariamente, para ganar un dinero o para rehacer su futuro. Algunas tuvieron suerte y realizaron sus deseos, pero muchas otras no experimentaron sino una nueva frustración: abuso por parte de los soldados americanos y abandono por parte de las autoridades coreanas. Para ello había dos motivos. Por un lado, después de la guerra de Corea el Gobierno de los Estados Unidos tenía más atribuciones que el de Corea. Se concertó pues un acuerdo desigual entre Estados Unidos y Corea (Status of Forces Agreement). Los coreanos no tienen derecho a incoar investigaciones contra soldados americanos ni a juzgarlos. Si los soldados cometen un delito, son repatriados a Estados Unidos, pero no procesados ni condenados en Corea. Por otro lado, policías y autoridades tenían como principio que las buenas relaciones entre Estados Unidos y Corea no debían comprometerse por causa de las “mujeres sucias”. Abusos sexuales u otros delitos contra mujeres coreanas crecieron así sin parar, con una crueldad

casi indescriptible. Pero nadie se interesaba por este asunto. Muchos decían que las propias mujeres tenían la culpa de todo. Últimamente se han conocido algunos casos de crueldad impensable. La población coreana se puso en alerta y protestó contra el desigual acuerdo. Actualmente estamos tratando de corregir en lo posible ese acuerdo no equitativo.

Para las mujeres coreanas, aun cuando consigan casarse y emigrar a los Estados Unidos, la vida dista de ser de color de rosa. ¿Cómo podrían sin conocer la lengua, sin experiencias culturales, ser felices en un país extranjero? En los Estados Unidos se encuentran todavía peor que en Corea. Se consideran indignas, infrahumanas, incluso en el país de sus sueños. Muchas veces se hacen cristianas y van a la iglesia, en busca de consuelo o ayuda. Me parece muy dudoso que la iglesia las acepte dignamente y las trate humanamente. La iglesia espera que las mujeres hagan penitencia y muchos donativos, pero por lo demás que “no hagan ruido”. Nunca deben elevar la voz. Están, por así decirlo, doblemente sucias, primero como prostitutas, y después porque han tenido trato con los extranjeros de ojos azules. Me pregunto aquí si está justificado tildarlas de pecadoras. ¿Con qué derecho se hace eso? Los americanos vinieron a Corea porque nosotros no teníamos fuerza para defendernos.

En nuestra sociedad capitalista todo se puede comprar y vender. Hoy es posible importar y exportar mujeres, según las reglas del libre comercio. Muchos dicen que el negocio del sexo es un pecado necesario. Pero las mujeres que trabajan en este negocio son explotadas al máximo. Además de ser moralmente despreciadas y condenadas, son víctimas de este sistema mercantil. Las mujeres se sacrifican, a menudo enferman. El dinero lo ganan otros, los rufianes, pero también los policías. Ya sé que hay muy diversas teorías sobre la prostitución. Algunos sostienen que la prostitución es una profesión normal, que una mujer puede escoger. Pero en Asia ninguna mujer se prostituye voluntariamente. Solo por la enfermedad de los miembros de su familia, por deudas o por otra necesidad apremiante se entregan las mujeres a la prostitución. Esperan pagar pronto sus deudas para poder salir de la prostitución. Pero el camino hacia la libertad no es tan fácil como piensan. La red de la explotación es tan tupida que una mujer por sí sola no puede librarse de ella. El problema de la prostitución no es un problema privado o ético, sino un problema social y estructural. Las prostitutas son a menudo maltratadas, víctimas de abusos sexuales, contraen enfermedades, son asesinadas. La probabilidad de sufrir agresiones mortales es actualmente mayor para ellas que para cualquier otra mujer. Muchos sostienen que podríamos proteger los derechos de las mujeres mediante leyes y prohibiciones severas. Pero el problema no es tan sencillo. Las leyes más duras incitan a los proxenetas a controlar más estrechamente a sus víctimas: las mujeres son tratadas con un rigor creciente, cada vez más aisladas, sus pasaportes son confiscados, su existencia humana es completamente negada.

Actualmente, el turismo sexual en Corea es solicitado con mucho afán por turistas japoneses, europeos y americanos. En los años noventa venían a Corea muchas mujeres de Filipinas, Tailandia, la antigua Unión Soviética, Bolivia, Perú, Sri Lanka y otros países para ganar dinero en la industria del sexo. Se dice que hay una ruta establecida en la que las mujeres son recogidas y hacia la que son enviadas. Se trata pues de una red internacional de extensión mundial. En 2001 llegaron a Corea 8586 mujeres extranjeras con la excusa de un trabajo en la industria del espectáculo. Lo que hacen naturalmente no es bailar ni cantar, sino el negocio del sexo. En especial las mujeres rusas son muy codiciadas. Los coreanos y también los turistas asiáticos se interesan mucho por las europeas rusas. Pero lo que éstas deben aguantar es indescriptible. Sin pasaporte, sin dinero y sin libertad, no pueden regresar a su país. Viven en una prisión privada, mientras se conservan sanas y jóvenes. Para los proxenetas, las mujeres tienen un valor dinerario en el negocio, son una mercancía. No tienen derecho a decidir libremente si se retiran o no. Muchas antiguas prostitutas pasan después a ser inspectoras, confidentes, y controlan a las más jóvenes mucho más eficazmente gracias a su propia experiencia.

¿Qué puede hacer la iglesia por estas mujeres? La iglesia hasta ahora se ha preocupado muy poco por las prostitutas, porque las prostitutas, marcadas como pecadoras, son miradas como inmundas. Pero bien mirado, son más bien corderos inocentes, sobre los que recae nuestra culpa. ¿Quién tiene derecho a despreciarlas? ¿Sus clientes? ¿Los proxenetas? ¿Los policías? ¿O nosotros? A mi modo de ver no tienen culpa ninguna, sino que los culpables son los que hacen las guerras, o los que las explotan o abusan de ellas. No sé si es posible

abolir la prostitución. Pero sin duda debemos poner el mayor empeño en evitar las guerras, deshacer el sistema de explotación y liberar de sus redes a las mujeres. Pastoralmente, financieramente y socialmente debemos abogar por ellas y luchar por ellas, pues ellas son un miembro del cuerpo divino. Si ellas sufren, debemos sufrir con ellas. Están hechas a imagen de Dios. Hasta ahora éramos demasiado egoístas. Pensábamos exclusivamente en nosotros, pero tal vez ha llegado el momento de pensar en la totalidad del cuerpo divino. Somos muchos miembros, pero un solo cuerpo. – ¡Muchas gracias!